

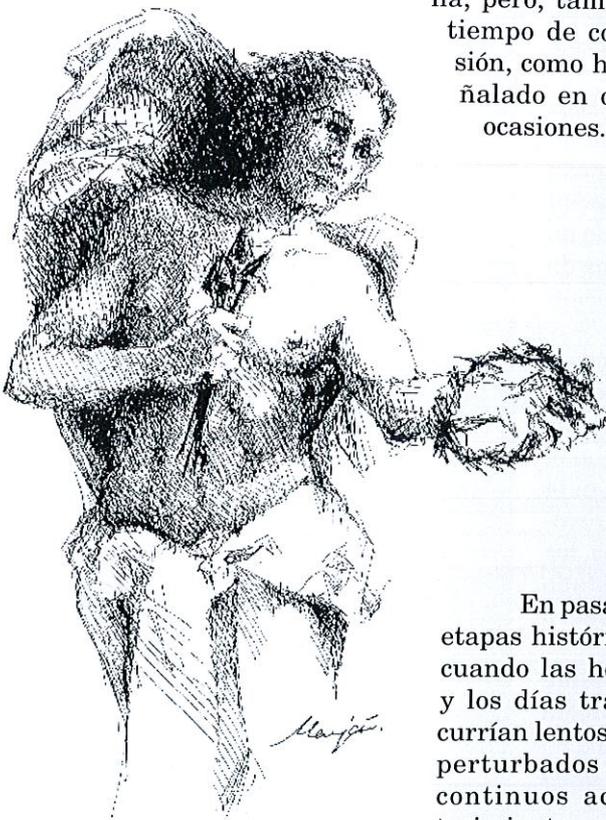


## TIEMPO DE CONFUSIÓN

Miguel Molina Rabasco

Nunca el hombre ha tenido a su alcance más información. Si algún distintivo especial caracteriza a nuestro tiempo es la posesión de medios rápidos, abundantes y variados para conocer casi al instante los sucesos de cada día y acceder a los múltiples saberes acumulados en el transcurso de siglos en todas las materias: ciencia, filosofía, tecnología, política, economía, historia, literatura, etc. Medios consistentes en pequeños y ligeros aparatos, cintas, disquetes, cederrones, donde se ordenan y recogen libros, escritos, pinturas, música, fotografías, películas cuyos contenidos, en las formas habituales hasta ahora conocidas ocuparían enormes superficies, inconcebibles en los cada vez más reducidos hogares o "soluciones habitacionales". Época la nuestra privilegiada por la abundancia de materiales para conocimiento y cultivo de la persona;

pero, también, tiempo de confusión, como he señalado en otras ocasiones.



En pasadas etapas históricas, cuando las horas y los días transcurrían lentos, no perturbados por continuos acontecimientos e in-

numerables noticias, el hombre podía tener unas pocas ideas o creencias más o menos firmes pero indiscutidas e indiscutibles, que le daban seguridad al enfrentarse con el hecho de vivir, a causa de que el pausado fluir de otras interpretaciones, descubrimientos o teorías sobre lo conocido llegaban demasiado tarde o con sus aristas gastadas. Hoy, en cambio, todo pensamiento, toda idea o creencia, son rápidamente socavadas en sus cimientos por otras que surgen hirientes y se propagan con vertiginosa aceleración. Todo aquello que sostiene el ciclo vital de la persona, intelectual y espiritualmente, se cuarteja ante un relativismo iconoclasta, sin que se salve ni la misma ciencia física, cada día cambiante y cada vez más enigmática, con la teoría del desorden, los inimaginables agujeros negros o de gusano, la antimateria y un mundo subatómico con mínimas partículas elementales imposibles de concebir; toda una cosmología que parece, después de todo, conducir a una inmensa nada ( si es que la nada puede tener superficie o volumen, lo que a estas alturas no me extrañaría.).

Se da, por tanto, la paradoja, de que cuanto más información y formación tiene el hombre, más confusión le sobreviene: No cabe aferrarse a un asidero, por firme que se muestre, a no ser el de la propia voluntad de no dejarse arrastrar por la avalancha y seleccionar todo lo que nos puede servir para vivir y alcanzar, en lo posible, la felicidad. El movetizado mundo donde nos encontramos exige un esfuerzo por zafarse de sus trampas, sean atractivas o repelentes. Hemos de buscar el objetivo, el fin, el motivo por el que realmente somos seres conscientes, personas y no esa nada que compone la materia. El resultado de esta búsqueda, si es positivo, imprimirá a nuestra vida la dirección adecuada o, al menos, nos liberará de la angustia de creernos un conjunto de elementos químicos, cuya reacción produce el vano sueño de poder alcanzar una eternidad imposible.

Al llegar a esta altura del razonamiento o, mejor, de esta estremecedora meditación, me viene a la memoria los tiempos de angustias o tribulaciones de los Evangelios ( S. Mt. 24.4-5-6-7). Porque, en el





fondo, de la angustia o tribulación del hombre en nuestro tiempo, en el nervio de su desasosiego, se halla la profunda confusión y caos que satura el ambiente en el que vive, pese a las innumerables posibilidades hoy existentes. Por todos los puntos cardinales nos llegan en vendaval mensajes distintos, contradictorios, incompatibles; hasta la aparentemente más exacta de las ciencias, la Física, nos ofrece dudas, hipótesis alejadas de la realidad que percibimos directamente con nuestros sentidos. Entonces, uno se sumerge en un mar de dudas, se ahoga en las gélidas suposiciones o especulaciones filosóficas, sociológicas y políticas que no coinciden con las sustentadas hasta ahora y que creíamos firmes. Y ocurre en esos momentos de confusión, de cegadora niebla que hemos de volver sobre el pasado, cuando el tiempo era lento, y afirmarnos en la creencia que daba sentido, dirección y esperanza de felicidad a nuestra existencia. Porque, pese a las petulantes teorías e ideas de este siglo, nada puede explicarse ni comprenderse sin una superior Voluntad, sin un sentimiento que a su vez es idea, energía, fuerza que mueve lo creado y que nos envuelve, acoge y guía: Dios y su Amor.